

## El Teneguía en la memoria

Cuando el amigo Juan Carlos me invitó a recordar las vivencias personales sobre el volcán Teneguía, mi primera reacción fue de sorpresa y gratitud. Como profesional, mis conocimientos van por derroteros diferentes a la geología; y como persona poco puedo decir diferente a los recuerdos y sensaciones comunes al resto de los palmeros. Intuyo pues, que su invitación obedece más a nuestra amistad que al rigor profesional que caracteriza al doctor Díaz Lorenzo, cronista de su entrañable pueblo de Fuencaliente.



La voz “teneguía” llegó a mi memoria de la mano del Roque Teneguía, antes que por la erupción del volcán de 1971 que la popularizó a escala nacional e internacional. Primero, porque el Roque irrumpe con personalidad propia con su silueta clara, propia de las rocas sálicas antiguas, en los lapilli oscuros del volcanismo más reciente del paisaje de Los Quemados; segundo, los grabados aborígenes de los awaras (auaritas o benehoaritas) eran bien conocidos por la prehistoria insular; y tercero, para los familiarizados con la botánica canaria, el Roque era la localidad clásica de un bello endemismo palmero, descrito por el ínclito botánico sueco E. Sventenius (1910-1973), director-fundador del Jardín Botánico Canario “Viera y Clavijo” de Tafira (Gran Canaria) con el nombre de *Centaurea junoniana*, que por mor de los cambios taxonómicos ahora se le conoce como *Cheyrolophus junonianus*.

Con estos antecedentes, no resulta extraño que cuando, en octubre de 1971, se iniciaron los temblores de tierra, más intensos en la zona de Fuencaliente, el Roque se convirtió en un elemento de referencia, ya que fue en su entorno donde desde el principio fijaron los geólogos la mayor probabilidad de la erupción, caso de producirse. Así nos lo explicó detalladamente el reconocido vulcanólogo Telesforo Bravo, a la sazón nuestro profesor de Geología en la Universidad de La Laguna, que interrumpió las clases para viajar a La Palma, ya que él era de los convencidos de que la erupción parecía inminente.

Estimulados por las apasionadas descripciones del profesor, un grupo de alumnos de la entonces reciente Sección de Biología de la Facultad de Ciencias, preparamos la mochila para cuando el acontecimiento sucediera. Creo recordar que fue en la primera semana de noviembre de 1971, cuando una docena de compañeros viajamos a La Palma en el buque Ciudad de Teruel. Los palmeros nos alojamos en la casa familiar y el resto en el “Hotel Julito”, nombre con el que bautizamos la casa familiar de Julio Leal, compañero generoso que la ofreció, ya que sus padres estaban entonces en Venezuela. El desayuno lo tenían garantizado con leche, de las vacas de mi familia, y la lata del gofio de mi madre.

Liderados por Jesús Bravo, geólogo e hijo de don Telesforo, fuimos unos privilegiados que tuvimos la oportunidad de disfrutar (unos) y asustarnos (otros) del volcán a muy poca distancia, desde una lomada cercana. El espectáculo era dantesco durante la noche, cuando

los escupitajos de lava volaban hasta caer sobre el suelo de nuestras inmediaciones, que temblaba de forma continua, como si hirviera bajo nuestros pies. Envalentonados por el “efecto de grupo” compartimos la atracción fatal que las fuerzas telúricas ejercían sobre nosotros, en un alarde de valentía y temeridad.

Concluyo con una décima en la que trato de resumir los sentimientos y recuerdos que nos evoca el sonoro y vaporoso nombre de Teneguía, antes, durante y después del volcán.

### ***Teneguía***

El nombre de Teneguía  
evoca roca y volcán  
awaras que ya no están  
y vino de malvasía.

El conjunto es poesía  
de alegrías y sinsabores:  
para el botánico flores;  
petroglifos en la historia;  
para el poeta memoria  
de placeres y temores.

Jócamo, 2.IX.2021.

*Pedro Luis Pérez de Paz*  
Catedrático de Botánica.